

QUINTO DÍA

JUEVES SANTO



El primer día de la fiesta de los panes Ácimos, cuando se inmolaba la víctima pascual, los discípulos dijeron a Jesús: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la comida pascual?». Él envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Vayan a la ciudad; allí se encontrarán con un hombre que lleva un cántaro de agua. Síguenlo, y díganle al dueño de la casa donde entre: El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala, en la que voy a comer el cordero pascual con mis discípulos?. Él les mostrará en el piso alto una pieza grande, arreglada con almohadones y ya dispuesta; preparénnos allí lo necesario». Los discípulos partieron y, al llegar a la ciudad, encontraron todo como Jesús les había dicho y prepararon la Pascua. (Mc 14,12-16)

El relato de Marcos sobre la última semana de Jesús se acerca hacia su culmen dramático. Jesús, el miércoles, ha sido ungido para la sepultura por una mujer sin nombre y la traición ya ha sido negociada con las autoridades por uno de los doce Apóstoles más íntimos. Hoy los eventos llevados a cabo desarrollarán su significado. Es común para muchos cristianos la observancia litúrgica del Jueves Santo para iniciar la parte más solemne de la semana santa; es el día más conocido junto al Domingo de Ramos, al Viernes Santo y al Domingo de pascua. El Jueves Santo es una jornada rica de *pathos* dramático. Hacia la tarde Jesús come su última cena con los Doce y en Getsemaní ora por el abandono, es traicionado por Judas, negado por Pedro y abandonado por el resto de sus discípulos. Es arrestado en la oscuridad, interrogado y condenado a muerte por el Sumo Sacerdote y su Concejo, colaboradores de la autoridad imperial. Todo esto ocurre antes de despuntar el alba del viernes. Estamos siguiendo las huellas temporales narradas por Marcos, por lo que nuestro relato del viernes iniciará “al alba”, cuando Jesús sea transferido desde la prisión del Templo a la autoridad del gobernador imperial.

Antes de volver al relato de Marcos, notamos la diferencia respecto a lo que nos transmite el Evangelio de Juan. Antes que todo, las fechas y el análisis temporal son diferentes. En Marcos, seguido después por Mateo y Lucas, la cena compartida entre Jesús y los Doce es una cena pascual, en Juan no lo es. De hecho, el jueves es el día que precede el Shabat de Pesaj, los corderos para comer durante la cena pascual del viernes en la noche son matados en la tarde del viernes, el mismo momento cuando Jesús será crucificado y morirá en la cruz. La razón de las citas de Juan parece ser, entonces, teológica: Jesús es el cordero pascual. En segundo lugar, la atención que dedica a la última reunión de Jesús con sus discípulos es bastante diferente: Marcos utiliza nueve versículos (Mc 14,17-25), mientras Juan utiliza cinco capítulos (Jn 13-17) para recoger el llamado “discurso de despedida”. En tercer lugar, los contenidos de lo que sucede durante aquella reunión son muy diversos en los dos Evangelios. En Marcos y en los Evangelios sinópticos, Jesús pronuncia las palabras que llegaron a ser las que se utilizan para la celebración de la Eucaristía, la Cena del Señor: “Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”. Juan, por el contrario, no hace ninguna referencia a esto, y más bien encontramos el relato del lavatorio de los pies a los Apóstoles (Jn 13,3-11), un gesto frecuentemente incorporado en los ritos del Jueves Santo. Solo en Juan encontramos otro tema importante, aquel del *mandatum*, la misión fundamental dada por Jesús a sus discípulos:

Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. (Jn 13,34)

Marco abre la jornada del jueves con la preparación de la cena de Pascua que se comerá por la tarde (Mc 14,12-16). Jesús pide a dos de sus discípulos ir a la ciudad donde habrían de encontrar 'un hombre que lleva un vaso de agua'. Le deberían preguntar donde el maestro Jesús podrá comer la Pascua con sus discípulos y deberán seguirlo. Los dos siguiendo las instrucciones de Jesús, encuentran la habitación y la preparan para la Pascua.

Los detalles presentes en este texto recuerdan los preparativos para la entrada de Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos. En ambos casos Jesús manda dos discípulos, les dice que cosa deben buscar y los instruye sobre qué decir.

En el primer caso se trata de la preparación de una procesión pública; esto es, una entrada anti-imperial para afirmar la no violencia en antítesis a la entrada triunfal militar del poder imperial que llegaba a la ciudad para controlar al gentío presente en Jerusalén para la Pascua. En el segundo caso, se trata más bien de la organización de algo reservado, privado, secreto. La apertura de la jornada del jueves sigue inmediatamente al anuncio de que Judas "estaba buscando la ocasión para traicionarlo" (Mc 14,11). El envío de los dos discípulos por parte de Jesús para organizar clandestinamente la cena pascual permite que Jesús esconda a Judas el lugar exacto de la reunión, para impedir de comunicarlo a las autoridades. Esta cena, la nueva Pascua, es muy importante y Judas no debe poder perturbarla e interferir con su cumplimiento.

Del modo como Marcos escribe, parece claro que Jesús sabe qué cosa ocurrirá. No debemos atribuir esto a un pre-conocimiento sobrenatural, Jesús debía darse cuenta que las cosas se estaban acelerando, que la cruz se estaba acercando. Sabía que la hostilidad de las autoridades crecía y consideraba su arresto y condena a muerte como inevitable, no tanto por necesidad divina, sino más bien porque veía lo que acontecía entorno a él.

La última cena: una red de significados

Al atardecer llegó Jesús con los Doce. Y, mientras estaban a la mesa comiendo, les dijo: «Les aseguro que uno de ustedes me va a entregar, el que come conmigo.» Ellos empezaron a entristecerse y a decirle uno tras otro: «¿Acaso soy yo?» Él les dijo: «Uno de los Doce que moja conmigo en el mismo plato. Porque el Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!» Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomen, este es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dando las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Les aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios (Mc 14,17-25).

Por la noche, Jesús junto a los Apóstoles, Judas incluido, suben a la habitación superior donde la cena había sido preparada. Hay tres elementos principales en el relato de Marco de la última cena: comen la cena todos juntos y Jesús habla de la traición inminente e impregna el pan y el vino de significados fuertemente conectados a su próxima muerte.

Iniciamos por el aspecto intermedio, el anuncio de la traición. Mientras estaban comiendo Jesús dijo: «Les aseguro que uno de ustedes me va a entregar, el que come conmigo.» Ellos empezaron a entristecerse y a decirle uno tras otro: «¿Acaso soy yo?» Él les dijo: «Uno de los Doce que moja conmigo en el mismo plato. Porque el Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!» (Mc 14,18-21).

En efecto, antes de acabada la noche, Jesús habría sido no solo traicionado por Judas sino también negado por Pedro y abandonado por los otros. El tema del fracaso, en el seguimiento de Jesús, continua siendo central, la mitad del relato de Marcos sobre la noche del jueves está dedicado a este tema, treinta y tres versículos de los sesenta y uno (Mc 14,18-21, 27-45, 50-52, 66-72).

Durante la cena pascual, Jesús comparte el pan y el cáliz del vino con los Apóstoles y pronuncia las palabras conocidas como las 'palabras de la institución', que serán el corazón de la Eucaristía:

Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomen, esto es mi Cuerpo». Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, y todos bebieron de ella. Y les dijo: «Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos. Les aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el Reino de Dios».

Esta última cena que Jesús comparte con sus discípulos resuena de significados fuertes que se conectan en el pasado a la actividad pública de Jesús y en el futuro a su muerte y a la formación de la comunidad cristiana post-pascual. La última cena de Jesús llegará a ser, sobre todo, la primera cena del tiempo futuro. Profundizaremos, seguidamente, en esta riqueza de significados.

Una práctica confirmada

El compartir de la comida en el Evangelio ha sido una de las características más típicas de la actividad pública de Jesús. Frecuentemente aprovechaba los almuerzos para enseñar, los banquetes eran argumento de sus parábolas y su participación en algunas cenas eran objeto de particulares críticas por parte de sus opositores. Escribas y fariseos con hostilidad se preguntaban: «¿Por qué come con publicanos y pecadores?» (Mc 2,16; Mt 11,19; Lc 7,34; 15,1-2). Jesús come con los indeseados, los marginados, los separados, en una sociedad donde era muy significativa la consideración de las personas con las que se compartía el alimento. Esta práctica de Jesús afectaba y juzgaba una sociedad cerrada por rígidas barreras sociales, tenía un significado religioso y político: religioso porque actuaba explícitamente en nombre del reino de Dios y político porque reafirmaba una visión bastante diferente de sociedad. Más o menos como si un obispo fuese frecuentemente a comer en un refectorio popular o en una taberna de la periferia y declarase públicamente: “Esto es verdaderamente el reino de Dios, mientras el mundo dividido y en conflicto que ven alrededor suyo propiamente no lo es”

Las cenas y los almuerzos no indicaban solo la exigencia de la inclusión, eran también y sobre todo alimento. Los almuerzos de Jesús no eran eventos rituales donde la comida tenía solo un significado simbólico, eran alimentos verdaderos y no una hostia y un sorbo de vino. Para Jesús el alimento verdadero – el pan – era un elemento concreto e importante. El pan indica la base fundamental y material de la existencia, como en el Padre Nuestro, donde justo después del pedido “venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” se reza “danos hoy el pan de cada día”. Para el auditorio de Jesús, el pan suficiente para una jornada, representaba uno de los dos elementos centrales para sobrevivir; el otro era la remisión de las deudas. La última cena continúa y culmina con el realce que hace Jesús de la comida y del alimento como signo de la justicia de Dios.

La última cena: un eco de la multiplicación de los panes

Marco narra lo que Jesús hizo durante la última cena empleando cuatro verbos: tomó, bendijo, partió y dió. Estas cuatro palabras nos recuerdan una escena precedente del Evangelio de Marco también ligada al alimento, en la que Jesús alimentó cinco mil personas con pocos panes y peces: “Entonces él tomó los cinco panes y los dos pescados, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los fue entregando a sus discípulos para que los distribuyeran. También repartió los dos pescados entre la gente” (Mc 6,41). ¿Por qué esta referencia de la última cena, a la multiplicación de los panes y de los peces?

El relato de Marcos sobre la multiplicación de los panes y de los peces inicia con la definición de dos soluciones contrapuestas para resolver una situación de hambre. La gente (Marcos dice que eran cincuenta mil) había escuchado a Jesús en un lugar desierto todo el día, se había hecho tarde y tenían hambre. La solución de los discípulos era sobre todo razonable y sensata: "Despide a la gente, para que vaya a los campos y pueblos cercanos a comprar algo para comer" (Mc 6,36), la solución alternativa de Jesús aparece bastante inverosímil e irrealizable: "Él respondió: «Denles de comer ustedes mismos»". (Mc 6,37).

A esta propuesta los discípulos reaccionan: "Ellos le dijeron: «Habría que comprar pan por valor de doscientos denarios para dar de comer a todos»" La diferencia entre la solución de los discípulos y la que da Jesús es determinante. Mientras el relato prosigue, Jesús obliga a los discípulos a participar paso a paso como intermediarios de todo el proceso. Jesús les pide buscar alimento disponible (Mc 6,38), hacer sentar a la gente en grupos (Mc 6,39), les pide distribuir el alimento (Mc 6,41) y les hace recoger lo que había sobrado (Mc 6,43). Fueron obligados a aceptar y participar en la solución de Jesús – denles ustedes de comer – y no pone en práctica la solución de ellos – mándalos a buscar qué comer.

Jesús no hace el milagro como si fuese la caída del maná del cielo o cambiar piedras en panes, sino que toma lo que estaba ya disponible en el lugar, los cinco panes y los dos peces que, pasados a través de las manos de Jesús, les resultó más de lo necesario para alimentar, signo y encarnación de la justicia providente de Dios. Los discípulos, - y los consideramos como la comunidad del reino ya presente o mejor como los líderes de aquella comunidad – no consideran su responsabilidad el alimentar a la gente, se sienten forzados por Jesús a aceptar esta misión. Detrás de este hecho se puede entrever una teología de la creación en la cual la Creación es posesión de Dios y reclama que todos tengan su justa porción de bienes; el hombre es nombrado en el campo, como administrador para establecer sobre la tierra, la justicia de Dios.

El énfasis que pone Marcos sobre la narración del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces sobre la justa distribución de aquello que no nos pertenece, nos ayuda a realizar la conexión con el pan y el cáliz del vino que compartió entre todos durante la cena de la nueva Pascua. Una vez más Jesús distribuye a todos los presentes un alimento ya existente y disponible. Una comida compartida de aquello que está ya presente entre todos los presentes se convierte en el gran símbolo sacramental y el programa concreto y fundamental del reino de Dios. Un almuerzo compartido de aquello que ya está presente entre todos los presentes se convierte

en el gran símbolo sacramental y en el programa concreto y fundamental del reino de Dios.

Una cena pascual

En cuanto a la cena pascual, la última cena de Jesús recuerda el relato del éxodo de Egipto, el relato del nacimiento de un pueblo y de una nación. La historia de una esclavitud y de un abandono, de la redención y de la liberación, que constituía la narrativa primordial y fundamental para la nación hebrea, era el relato más importante. La Pascua era, y lo es todavía, la gran celebración anual de la 'liberación' de parte de Dios.

La primera Pascua (Ex 12) ocurre la noche anterior a que la décima plaga golpee al Faraón y a Egipto con la muerte de todos los primogénitos de cada casa en Egipto. Una plaga que representaba el martillo de Dios utilizado para destruir la voluntad del Faraón y para determinar la definitiva liberación de los judíos de la esclavitud. En este contexto narrativo, el cordero pascual tenía dos significados principales: el primero, una parte de la sangre del cordero pascual debía ser rociada sobre los postes de las casas de los esclavos judíos de manera que el ángel de la muerte, 'el destructor', pasaría sobre esas casas sin matar al primogénito: " En cada casa en que lo coman ustedes tomarán de su sangre para untar los postes y la parte superior de la puerta. El Señor, con su plaga, va a recorrer todo Egipto y, al ver la sangre en la entrada, pasara de largo y no permitirá que el Exterminador entre en sus casas y los mate" (Ex 12,7.23).

El segundo significado es que cada familia debía comer el cordero pascual, con los trajes ceñidos, las sandalias en los pies y listos a partir, el cordero pascual sería también alimento para el viaje.

La primera Pascua fue también el último alimento comido en Egipto, en la tierra de la esclavitud. La cena con el cordero de Pascua es ciertamente un gesto de sacrificio si asumimos esta expresión en sentido amplio y en el sentido de víctima de sacrificio para la expiación. El objetivo es doble: protección de la muerte y alimento para el viaje. En el relato no hay referencias a pecados, culpas o expiación.

La cena de Pascua, el *seder*, es memoria de la primera Pascua y del Éxodo, acontecimientos lejanos en el tiempo pero que cada año vienen representados y traídos al presente. Los diversos elementos del alimento vuelven a evocar los aspectos centrales del relato del Éxodo y las palabras del *seder* son muy eficaces en el hacer comprender que no se trata solo del pasado sino que esta liturgia comprende también el presente:

No solo nuestros padres y nuestras madres eran esclavos del Faraón en Egipto, también nosotros aquí reunidos esta noche éramos esclavos del Faraón de Egipto. No solo nuestros padres y madres han sido liberados por la grande y potente mano de Dios, todos nosotros hemos sido liberados por la grande y potente mano de Dios.

El imperio del Faraón es sustituido por el imperio romano y por cualquier otro imperio; la naturaleza subversiva de este relato no es difícil de entender.

El cuerpo, la sangre y la muerte de Jesús

El relato de la última cena en Marcos deja implícita la relación con la Pascua. Lo que a su vez queda absolutamente explícito es la conexión con la próxima muerte de Jesús y lo hace con las palabras de la institución que son tan familiares para los cristianos:

Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomen, esto es mi Cuerpo». Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, y todos bebieron de ella. Y les dijo: «Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos. Les aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el Reino de Dios» (Mc 14,22-24)

Para Mateo, Lucas y Pablo las palabras en cursivo pronunciadas sobre el pan y el cáliz aparecen ligeramente diferentes y en Juan propiamente no están. En Mateo, las palabras sobre el pan son casi iguales que en Marcos: “Tomen y coman; esto es mi cuerpo” (Mt 26,26). Las palabras sobre el cáliz son más amplias y remiten al perdón: “Después tomo el cáliz, dio gracias y se lo pasó diciendo: “Beban todos de él, porque esto es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos, para la remisión de los pecados.” (Mt 26,27-28). Distinta es la versión de Lucas sobre lo que Jesús dice sobre el pan, él añade en efecto, además el tema del recordatorio: “Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía” (Lc 22,19). Sobre el cáliz, Lucas dice: “Este cáliz es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes” (Lc 22,20). El relato de Pablo escrito antes de los Evangelios presenta el tema del recordatorio de ambos lados y es más cercano a la versión de Lucas: “y, después de dar gracias, lo partió diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes; hagan esto en memoria mía.» De igual manera, tomando la copa, después de haber cenado, dijo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Todas las veces que la beban háganlo en memoria mía.»” (1Cor 11,24-25).

Varias versiones indican una cierta flexibilidad respecto de las modalidades del recuerdo y de la celebración de la última cena; lo que tienen en común es la conexión al cuerpo/pan y sangre/vino. Cualquiera fuesen los vínculos de Marcos con el relato de la multiplicación de los panes y de los peces con esta cena con pan y vino, sabemos que en el primero no había nada que evocase el simbolismo del cuerpo o de la sangre. ¿Qué cosa añade entonces Marcos que no estuviese ya presente antes?

En primer lugar, remarca la frecuente participación de Jesús en los banquetes, de los panes-peces al pan-vino, e insiste en el significado del compartir los alimentos como signo del esfuerzo a favor de la justicia divina en un mundo que no es nuestro y que no nos pertenece. Si como dice el Señor en Levítico: "Las tierras no se venderán para siempre porque la tierra es mía y ustedes están en mi tierra como forasteros y huéspedes" (Lev 25,23). Entonces, el alimento producto de la tierra pertenece a Dios. Si somos solamente administradores y aparceros sobre una tierra que no nos pertenece, entonces no somos más que invitados y huéspedes a una mesa que no es de nuestra propiedad. Si bien vivimos por la justicia divina en un mundo que pertenece a Dios, podríamos morir de muerte violenta a causa de la injusticia de los hombres que actúan en un mundo que no quiere reconocer el derecho de Dios. El lenguaje del cuerpo y de la sangre indica una muerte marcada por la violencia. Cuando una persona muere de muerte no violenta se habla de separación del alma y del cuerpo, pero cuando una persona muere con violencia hablamos de separación del cuerpo de la sangre. Este es el primer punto fundamental, la distinción en las palabras de la institución eucarística de los binomios cuerpo/sangre y vino/pan. Él no toma simplemente el pan y el vino juntos y dice 'tomen; esto es mi cuerpo y mi sangre'.

En segundo lugar, la separación del cuerpo y de la sangre de Jesús a causa de una muerte violenta es la base absolutamente necesaria para un último nivel de significado. Habría sido imposible referirse a la muerte de Jesús como a una sacrificio de sangre si no hubiese muerto por una ejecución violenta; por este destino es posible hacer la correlación entre Jesús y el cordero pascual y de la última cena como la nueva pascua. Recuerden cuanto ha sido dicho en relación al antiguo y al moderno significado de la palabra sacrificio en el segundo capítulo. El punto es que no se trata solo de sufrimiento o de sustitución, sino de participación/intercambio con Dios a través del don o alimento.

En el Evangelio de Marcos (10,45) Jesús había dicho que: “el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”. Esta liberación, o redención o salvación resuena también aquí en la declaración de Jesús "Esto es mi sangre, la sangre de la Alianza que será derramada por muchos" (Mc 14,24). Tampoco este versículo explica como su sangre o rescate opere la liberación 'por muchos'. Jesús había dicho: "Chiamò la folla e i suoi discepoli e disse loro: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará.» (Mc 8,34-35) Recuerda las reacciones y las respuestas de los Doce a las tres profecías de Jesús. Pedro no quería tomar parte en aquel destino, los Doce discutían de su respectivo valor, y Santiago y Juan querían ser sentados a la derecha e izquierda de la Gloria de Dios. Jesús explicó con bastante claridad que su vida y la de ellos estaba en clara contradicción con aquello que sucede normalmente en los sistemas de poder. A causa de la *participación con Jesús*, de hecho, en Jesús, sus seguidores deberán pasar a través de la muerte y la resurrección, de una vida de poder dentro de la normalidad de la condición humana a una vida de servicio en la vocación y a la trascendencia del hombre.

Finalmente, Jesús no habla simplemente de pan y de vino como símbolos de su cuerpo y de su sangre, sino que lo hace de manera que los Doce, Judas incluido, se nutran de verdad de este alimento y de esta bebida; todos participan en el pan-cuerpo y en el vino-sangre, casi para lograr un último intento de conducirlos con él a través de la condena a muerte y la resurrección, a través de la muerte a una nueva vida. Una vez más se trata de *participación en Cristo* y no simplemente *de sustitución de Cristo* al puesto nuestro. Nosotros, como los Doce, somos invitados a caminar con Jesús a través de la condena a muerte hacia la resurrección. La última cena es pan para el mundo, la justicia de Dios que desafía la injusticia del mundo, una nueva Pascua de las ataduras de la esclavitud a la liberación, es participación en el camino que conduce de la muerte a la nueva vida.

Getsemaní, la oración y el arresto

Después del canto de los Salmos, salieron hacia el monte de los Olivos. Y Jesús les dijo: «Todos ustedes se van a escandalizar, porque dice la Escritura: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas. Pero después que yo resucite, iré antes que ustedes a Galilea». Pedro le dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré». Jesús le respondió: «Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes que cante el gallo por segunda vez, me habrás negado tres veces». Pero él insistía: «Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré». Y todos decían lo mismo. Llegaron a una propiedad llamada Getsemaní, y Jesús dijo a sus

discípulos: «Quédense aquí, mientras yo voy a orar». Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo: «Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí velando». Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, de ser posible, no tuviera que pasar por esa hora. Y decía: «Abba, Padre todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Después volvió y encontró a sus discípulos dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No has podido quedarte despierto ni siquiera una hora? Permanezcan despiertos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Luego se alejó nuevamente y oró, repitiendo las mismas palabras. Al regresar, los encontró otra vez dormidos, porque sus ojos se cerraban de sueño, y no sabían qué responderle. Volvió por tercera vez y les dijo: «Ahora pueden dormir y descansar. Esto se acabó. Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya se acerca el que me va a entregar». Jesús estaba hablando todavía, cuando se presentó Judas, uno de los Doce, acompañado de un grupo con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. El traidor les había dado esta señal: «Es aquel a quien voy a besar. Deténganlo y llévenlo bien custodiado». Apenas llegó, se le acercó y le dijo: «Maestro», y lo besó. Los otros se abalanzaron sobre él y lo arrestaron. Uno de los que estaban allí sacó la espada e hirió al servidor del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja. Jesús les dijo: «Como si fuera un bandido, han salido a arrestarme con espadas y palos. Todos los días estaba entre ustedes enseñando en el Templo y no me arrestaron. Pero esto sucede para que se cumplan las Escrituras». Entonces todos lo abandonaron y huyeron. Lo seguía un joven, envuelto solamente con una sábana, y lo sujetaron; pero él, dejando la sábana, se escapó desnudo. (Mc 14,26-52)

Mientras la cena estaba por concluir, Jesús y sus discípulos cantaron un himno y salieron del cenáculo, de la habitación superior. Dejaron la ciudad para ir a un campo que se encuentra a los pies del Monte de los Olivos conocido como Getsemaní, a unos cien metros de los muros orientales de la ciudad. Esta es la sección más larga del relato de Marcos de aquel jueves, veintisiete versículos (Mc 14,26-52). En este texto notamos que:

- Jesús dice a sus discípulos que escapan como desertores.
- Pedro promete no negar a Jesús pero Jesús le dice: «Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres».
- Jesús dice a los tres discípulos más cercanos a él – Santiago, Juan y Pedro – de permanecer despiertos mientras él ora y por tres veces se vuelven a dormir cada vez después de haber sido rimproverati por Jesús.

- Jesús ora para ser liberado de esta condena.
- Judas llega con un grupo de guardias del Templo, Jesús es arrestado.
- Los discípulos escapan.

Luego que Jesús y sus discípulos llegan a Getsemaní, Jesús se aleja un poco para orar, tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan. Marcos describe con angustia el estado de ánimo de Jesús como fatigado, sufriente, asustado y profundamente triste:

Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo: «Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí velando». Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, de ser posible, no tuviera que pasar por esa hora. Y decía: «Abba, Padre todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». (Mc 14,33-36)

Esta oración es verdaderamente notable tanto por el modo con que Jesús se dirige a Dios como por su contenido. Jesús llama a Dios *Abbà*, palabra aramea que Marcos utiliza a pesar que escribía en griego. En arameo *Abbà* es la forma más familiar e íntima de decir padre, papá. Era utilizada por los niños para llamar a sus padres y no solo de los niños sino también de los adultos, era una forma más bien poco común para señalar a Dios, aunque no fuese del todo imposible en el antiguo Judaísmo. Conocemos algunas figuras sobresalientes del judaísmo, contemporáneas de Jesús, que se dirigían a Dios con el término *Abbà*. Se trataba de los judíos notables por su intimidad con Dios, por los largos períodos de oración y meditación y porque poseían poderes de curación. El empleo de esta palabra en Marcos indica que también Jesús tuviese una gran intimidad con Dios, como un niño con sus padres.

Jesús oró por la liberación. Reza para que pase esta hora, que se le quite el cáliz, 'hora' y 'cáliz' se refieren a la proximidad de la tortura y de la muerte violenta. No debe sorprendernos esta petición de Jesús de no pasar a través de la tortura y la muerte de cruz. Sin embargo, afirma: "Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres". Debemos recordar que esto no significa que Dios quisiese la muerte de Jesús, no es nunca querer de Dios que el justo sufra y muera. No era voluntad de Dios que Jesús muriese y lo mismo para los numerosos mártires muertos antes y después de Jesús. Así imaginamos a Pedro y Pablo, Tecla y Perpetua, hasta Dietrich Bonhöffer y a los monjes Trappisti d'Algeria entregarse como lo hizo Jesús. Su oración no refleja por tanto una resignación fatalista a la voluntad de Dios sino una absoluta confianza en Dios en medio de las peores circunstancias que un hombre pueda encontrar.

A un cierto punto después de la cena de Pascua, Judas deja el grupo (en Juan durante la cena, en Marcos, Mateo y Lucas parece que permanece en el cenáculo hasta la conclusión de la cena). Sabe bien donde irán Jesús y los discípulos y donde podrá ser arrestado en medio de la noche, alejado de la multitud. Después de la oración de Jesús, Marcos prosigue el relato:

Jesús estaba hablando todavía, cuando se presentó Judas, uno de los Doce, acompañado de un grupo con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. El traidor les había dado esta señal: «Es aquel a quien voy a besar. Deténganlo y llévenlo bien custodiado». Apenas llegó, se le acercó y le dijo: «Maestro», y lo besó. Los otros se abalanzaron sobre él y lo arrestaron (Mc 14, 43-46)

La expresión "un grupo con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos" indica la presencia de un grupo de guardias del Templo o soldados del Templo. Las autoridades del Templo, por motivos de su política de colaboración con las instituciones imperiales, tenían autorización de Roma para contar con una pequeña fuerza policial que no constituía un verdadero ejército. El Evangelio de Juan describe el grupo que arrestó a Jesús de un modo distinto, no habría sido un pequeño destacamento de guardias enviados por las autoridades del Templo, más bien seiscientos soldados romanos.

Judas identifica a Jesús con un beso. ¿Por qué es necesario este gesto? Las autoridades del Templo sabían bien quién era Jesús. Quien lo debía arrestar no eran los sumos sacerdotes o los escribas que lo había interrogado poco días antes, se trataba más bien de guardias que podían no reconocerlo.

Marcos prosigue: "Uno de los que estaban allí sacó la espada e hirió al servidor del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja" (Mc 14,47). En Lucas y Juan, el relato es más amplio. Lucas dice que Jesús curó la oreja del hombre al que se la habían cortado, y es el único Evangelio a reportar este detalle (Lc 22,51). Juan narra que fue el mismo Pedro que cortó la oreja del hombre y precisa que el siervo se llamaba Malco (Gv 18,10). El relato nos llama la atención porque se dice que uno de los que seguía a Jesús estaba armado. ¿Se trataba de una práctica común? ¿O más bien esta es otra oportunidad que Marcos utiliza para confirmar la incapacidad de los discípulos? Como sea, en los Evangelios sinópticos, Jesús desapruueba este acto. En Mateo dice "Vuelve la espada a su sitio, porque quien usa la espada perecerá por la espada" (Mt 26,52) y en Lucas: "«¡Dejen, basta ya!». Y tocándole la oreja lo curó" (Lc 22,51). Es interesante confrontar el relato de Marcos sobre el arresto de Jesús con el de Juan. En Marcos, Jesús aparece en su vulnerabilidad, mientras que Juan muestra un Jesús decidido y firme, reconocido en su divinidad por aquellos que lo arrestaron. Más precisamente:

- En Marcos, Jesús reza: “Abba, Padre todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mc 14,36) No es así en Juan, de hecho Jesús había orado antes: “Mi alma ahora está turbada. ¿Y qué diré: Padre, líbrame de esta hora? ¡Si para eso he llegado a esta hora! (Jn 12,27). En el jardín de Getsemaní dice: “¿Acaso no voy a beber el cáliz que el Padre me ha dado?” (Jn 18,11).
- En Marcos, los discípulos escapan, en Juan es el mismo Jesús quien ordena a los soldados de arrestarlo y de dejar ir a los discípulos, seguido de un comentario del evangelista: “Así debía cumplirse la palabra que él había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me confiaste»” (Jn 18,9) y se refiere a lo que había sido afirmado antes por Jesús: “Mientras estaba con ellos, yo los cuidaba en tu Nombre, el Nombre que tú me diste, yo los protegía y no se perdió ninguno de ellos, excepto el que debía perderse, para que se cumpliera la Escritura (Jn 17,12).
- En Marcos, Jesús “adelantándose un poco, se postró en tierra”, mientras en Juan cuando llegan los seiscientos soldados romanos para arrestarlo, “Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les preguntó: «¿A quién buscan?». Le respondieron: «A Jesús, el Nazareno». Él les dijo: «Soy yo». Judas, el que lo entregaba, estaba con ellos. Cuando Jesús les dijo: «Soy yo», ellos retrocedieron y cayeron en tierra” (Jn 18,4-6).

Esto último es interesante porque los seiscientos soldados retrocedieron y cayeron a tierra cuando Jesús afirma ¡“Soy yo”!. La expresión 'soy yo' en la Biblia es el nombre santo de Dios (Ex 3,14). Se postraron por tierra en la presencia de lo sagrado, pero luego reaccionan velozmente y arrestan a Jesús. Desde un punto de vista histórico parece propiamente una escena inverosímil: seiscientos soldados del imperio romano que reconocen la divinidad en Jesús pero que en el momento lo arrestan. Desde un punto de vista teológico es más bien una escena muy eficaz: también el imperio que mata a Jesús, lo reconoce como Señor y busca a la vez eliminarlo.

Concluimos esta sección con un referencia a los discípulos. Habíamos ya mencionado la centralidad del tema del discipulado en el Evangelio de Marcos y en particular en esta jornada. Judas traiciona a Jesús, Pedro lo niega y los otros discípulos escapan y desaparecen de toda escena de la semana santa. Marcos no recuerda más a ningún discípulo hasta la Pascua. Así también los otros Evangelios, salvo Lucas y Mateo que hacen referencia a la suerte de Judas. Para Mateo, Judas restituye a los sacerdotes y a los ancianos los treinta denarios que había recibido por traicionar a Jesús y se mata ahorcándose. Según Lucas, en los Hechos de los

Apóstoles, Judas, por el contrario, “comprò con i proventi del suo delitto un campo ma poi scivolò e si squarciò in mezzo e si sparsero fuori tutte le sue viscere” (Hch 1,18-19). Lucas no afirma explícitamente que esto haya sido castigo de Dios, aunque lo deja entrever. Para Mateo, Judas es un suicida, para Lucas, él muere de una muerte horrible pero no auto infligida.

Como sea, con excepción de Judas, no encontraremos más ninguna referencia a los Doce hasta la Pascua. Con el relato de la Pascua -implícitamente en Marcos, explícitamente en los otros- Pedro y los demás discípulos son reintegrados en la comunidad por el mismo Jesús, sanados del fracaso y de la desilusión. Si no se hubiese suicidado o hubiese muerto por accidente y de improviso, podríamos imaginar que también Judas habría sido reinsertado en la comunidad.

Interrogatorio y condena

Llevaron a Jesús ante el Sumo Sacerdote, y todos se reunieron allí. Estaban los jefes de los sacerdotes, las autoridades judías y los maestros de la Ley. Pedro lo había seguido de lejos hasta el patio interior del Sumo Sacerdote, y se sentó con los policías del Templo, calentándose al fuego.

Los jefes de los sacerdotes y todo el Consejo Supremo buscaban algún testimonio que permitiera condenar a muerte a Jesús, pero no lo encontraban. Varios se presentaron con falsas acusaciones contra él, pero no estaban de acuerdo en lo que decían. Algunos lanzaron esta falsa acusación: «Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho por la mano del hombre, y en tres días construiré otro no hecho por hombres.» Pero tampoco con estos testimonios estaban de acuerdo. Entonces el Sumo Sacerdote se levantó, pasó adelante y preguntó a Jesús: «¿No tienes nada que responder? ¿Qué es este asunto de que te acusan?» Pero él guardaba silencio y no contestaba. De nuevo el Sumo Sacerdote le preguntó: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios Bendito?». Jesús respondió: «Yo soy, y un día verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios poderoso y viniendo en medio de las nubes del cielo.» El Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras horrorizado y dijo: «¿Para qué queremos ya testigos? Ustedes acaban de oír sus palabras blasfemas. ¿Qué les parece?» Y estuvieron de acuerdo en que merecía la pena de muerte. Después algunos empezaron a escupirle. Le cubrieron la cara y le golpeaban antes de decirle: «¡Hazte el profeta!» Y los policías del Templo lo abofeteaban. (Mc 14,53-65)

Jesús es entregado a las autoridades del templo que Marcos señala como 'el sumo sacerdote, los sacerdotes, los ancianos y escribas' (Mc 14,53) y como 'los jefes de los sacerdotes y el sanedrín' (Mc 14,55). Lo que sigue, frecuentemente, es conocido como el 'proceso judío de Jesús' llevado a cabo frente al sumo sacerdote y al sanedrín que concluye con la condena a muerte de Jesús. El relato de Marcos y de los otros evangelistas ha generado en la mayor parte de los cristianos la idea que la responsabilidad principal por la muerte de Jesús fuese atribuida a los miembros más importantes del pueblo judío y por tanto, acriticamente, a los judíos. El relato del interrogatorio y de la condena a muerte por parte del sumo sacerdote y del sanedrín se ha convertido en los siglos sucesivos, en un texto de terror para los judíos.

Es importante, entonces, hacer una pausa y volver sobre algunos comentarios históricos, aunque el objetivo de este texto sea solo leer el relato de Marco sobre la semana santa y no de reconstruir la historia exacta; sin embargo es útil subrayar que:

- Muy probablemente Marcos y otros cristianos no sabían bien que cosa había sucedido realmente durante la fase procesal, de hecho, según Marcos (y los otros Evangelios), ningún seguidor de Jesús estuvo a su lado durante el arresto, habían escapado todos. Se podría considerar que alguno del círculo del sumo sacerdote hubiese contado qué cosa aconteció durante la reunión del sanedrín, pero no podemos estar seguros. La escena del proceso representa una reconstrucción post-pascual de parte de la comunidad cristiana y no una escena recordada *de visu*, pues Marcos describe el proceso una cuarentena de años después de su celebración.
- No resulta claro si lo que narra Marcos pueda entenderse como un proceso verdadero o solo como una simple audiencia de acusación. Proceso significa seguir los procedimientos judiciales bien precisos de acuerdo al derecho procesal de ese tiempo; una audiencia de acusación era más bien un procedimiento pre-judicial o hasta extra-judicial. Además, el concejo al cual se refiere Marcos podría no ser propiamente la institución del sanedrín así como estuvo organizado en los siglos sucesivos, sino más bien como un 'comité secreto' constituido por el sumo sacerdote y por sus colaboradores más cercanos.
- Las autoridades del templo no representaban a los judíos; eran sobre todo los colaboradores de la autoridad imperial, de los opresores de la mayor parte del pueblo judío. Representaban al pueblo no más allá que cualquier gobierno colaboracionista en el tiempo de la segunda guerra mundial o del régimen comunista.

El relato de Marcos sobre el proceso de Jesús se desarrolla en tres fases: la primera es la acusación contra Jesús (Mc 14,55-59); la segunda, la declaración de Jesús (Mc 14,60-62); y la última, el veredicto (Mc 14,63-65).

Durante la primera fase los acusadores se contradicen entre ellos. Marcos dice dos veces que pronunciaron “falso testimonio contra él” (Mc 14,56-57.59). Marcos además especifica el contexto de las falsas acusaciones: “Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho por la mano del hombre, y en tres días construiré otro no hecho por hombres.” (Mc 14,58). Esta misma acusación será repetida también bajo la cruz: “Los que pasaban lo insultaban y decían moviendo la cabeza: «Tú, que destruyes el Templo y lo levantas de nuevo en tres días” (Mc 15,29). Jesús durante el proceso no reaccionó ante tal falsedad (Mc 14,60-61).

En la segunda fase del proceso (Mc 14, 60-62), luego de un inicial silencio de Jesús, justamente porque los acusadores estaban en desacuerdo entre ellos, el sumo sacerdote lo interroga directamente. Según la ley judía, para admitir debe ser hecha 'por dos o tres testigos'. En ausencia de testimonios concordantes, el sumo sacerdote busca llevar a Jesús a la confesión y así tiene lugar el famoso diálogo. El sumo sacerdote le pregunta entonces: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios Bendito?” (Mc 14,61). ¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios? Si el sumo sacerdote decidió hacer esta pregunta, significa que no habían al menos dos o tres testimonios concordantes que pudiesen justificar la acusación contra Jesús. Como habíamos señalado, para Marcos el mensaje de Jesús no era principalmente su persona y su identidad sino el reino de Dios que confronta los sistemas de poder y los imperios con la sociedad civil.

El culmen del diálogo crucial es la respuesta de Jesús: “Yo soy, y un día verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios poderoso y viniendo en medio de las nubes del cielo” (Mc 14,62). La respuesta inicia con la expresión que ha sido traducida como una afirmación “¡yo soy!”. Pero como ya se dijo en el primer capítulo, la expresión *εγω εμί* (ego eimi) puede ser traducida sea como una afirmación o como una pregunta ‘¿soy yo?’. También en Mateo y Lucas encontramos la misma ambigüedad. En Mateo tenemos “Tú lo has dicho” (Mt 26,64) y en Lucas “Tienen razón, yo lo soy” (Lc 22,70). El sumo sacerdote parece tomar estas palabras como una afirmación porque serán la principal imputación para la sentencia de muerte. Hay que notar que Jesús parece haber sido acusado y condenado a muerte sobre la base de la confesión de fe cristiana post-pascual acerca de su identidad como el Mesías, el Hijo de Dios, Aquel que volverá.

El resto del testimonio de Jesús pasa entonces al argumento del Hijo del Hombre: “verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios poderoso y viniendo en

medio de las nubes del cielo”, esto retoma textualmente el capítulo séptimo del Profeta Daniel: "Yo estaba mirando, en las visiones nocturnas, y vi que venía sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre; él avanzó hacia el Anciano y lo hicieron acercar hasta él. Y le fue dado el dominio, la gloria y el reino, y lo sirvieron todos los pueblos, naciones y lenguas. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino no será destruido" (Dn 7,13-14).

La respuesta de Jesús es importante para comprender el relato de Marcos y es necesario parar un momento a reflexionar sobre el significado de este pasaje sobre el 'Mesías e Hijo del Altísimo, Bendito sea' al tema del 'Hijo del Hombre'. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Mesías, Jesús no negó serlo, pero indicó una reinterpretación sustituyendo este título con otro, Hijo del Hombre destinado a la condena a muerte y a la resurrección (Mc 8,31). Tal vez para Marcos el término Mesías daba la idea de un líder que habría utilizado la violencia para liberar a Israel del poder militar de la opresión imperial romana. Esta no era la visión de Marco sobre Jesús, por esto el título de Hijo del Hombre era la expresión preferida para evitar la ambigüedad entre la idea de un Mesías violento y aquella de un líder no violento.

La citación de Marcos sobre el capítulo séptimo del Libro de Daniel requiere una consideración particular. Iniciamos con el ambiente histórico de este texto. En el 167 a.C. el rey sirio Antíoco IV Epifanes lanzó una persecución religiosa contra los judíos que rechazaban aceptar la plena inculturación en el imperio helenístico. Algunos judíos, conocidos como los Macabeos, tomaron las armas y se rebelaron contra Antíoco Epifanes; al mismo tiempo otros judíos se volvieron hacia otras concepciones y a la esperanza de un juicio divino definitivo contra *todos los imperios pasados*, presentes y futuros. Los imperios son el caos, son representados por el mar, son la bestia. El juicio trascendente de Dios implica el triunfo del orden sobre el caos, del cielo sobre el mar y del humano sobre la bestia.

El capítulo séptimo del libro de Daniel nos recuerda una de estas visiones e interpretaciones en las que Dios guía un tribunal divino y un juicio celeste contra todos los imperios más conocidos en aquel tiempo, comprendido aquel de Antíoco IV Epifanes. El imperio babilónico, de los medos, persas y macedonios son representados por la bestia que surge del caos del mar en tempestad, pero aquel de los Macedonios de Alejandro Magno es el peor (Dn 7,4-7). Sus generales se habían dividido el imperio entre ellos y son representados por los 'cuernos' de la bestia, Alejandro, Antíoco IV es el arrogante cuerno pequeño (Dn 7,8.11.20).

En el cielo “la corte se sentó a juicio y se abrieron los libros” delante del trono de Dios, el Anciano. La decisión, proféticamente imaginada al comienzo de la secuencia sobre los cuatro Imperios, será su destrucción y serán así sustituidos:

"Yo estaba mirando, en las visiones nocturnas, y vi que venía sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre; él avanzó hacia el Anciano y lo hicieron acercar hasta él. Y le fue dado el dominio, la gloria y el reino, y lo sirvieron todos los pueblos, naciones y lenguas. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino no será destruido" (Dn 7,13-14).

El quinto y último imperio será entregado no a alguien parecido a una bestia sino a uno similar a un hombre. Los imperios precedentes eran simbolizados por la bestia, el reino de Dios por el hombre. Será un imperio que descenderá sobre la tierra y será “entregado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno y todos los imperios lo servirán y obedecerán” (Dn 7,27). No sabemos los detalles de cómo, cuándo y dónde sucederá esto, pero Dios ya ha pronunciado su juicio y por tanto será divinamente inevitable.

El capítulo séptimo de Daniel es una visión y un texto antimperialista: los imperios que han oprimido al pueblo de Dios por siglos son juzgados negativamente, mientras es favorable al Hijo del Hombre, símbolo del pueblo de Dios, a quien será entregado el reino de Dios por la eternidad. Es probable que estas ideas estuviesen tras la afirmación de Marcos sobre Jesús y la expresión Hijo del Hombre. La descripción 'uno similar a hijo de hombre' del capítulo séptimo de Daniel, ha llegado a ser en los Evangelios un título, Hijo del Hombre. El reino de Dios está entonces confiado a Jesús en nombre de aquellos llamados Pueblo de los Santos de Dios.

Entonces, Jesús en cuanto Hijo del Hombre debe ser entendido a partir de esta perspectiva; y, en el contexto específico de Marcos, en el uso de este título para Jesús hasta el final en Mc 14,62. Este uso tiene tres aspectos interdependientes:

1. Jesús, Hijo del Hombre con autoridad terrena (Mc 2,10.28)
2. Jesús, Hijo del Hombre en la muerte y resurrección (Mc 8,31; 9,9.12.31; 10,33.45; 14,21.41)
3. Jesús, Hijo del Hombre que volverá con poder celeste y en la gloria (Mc 8,38; 13,26; 14,62).

No todo el discurso esta proyectado en el futuro, más bien, se debe considerar como un pasaje del presente hacia el futuro. Jesús Hijo del Hombre, el Humano, ya ha recibido el reino de Dios y, aunque estará en su plenitud solo en el futuro, está ya

presente sobre la tierra. Este reino debe todavía ser revelado (desvelado) en potencia y gloria, pero está ya presente aquí en la humildad y en el servicio. Su presencia es solo conocida en la *fe* (Mc 1,15), pero un día será revelado en la *visión* (Mc 9,1). Marcos pensaba que aquel día llegaría de ahí a pocos años y claramente se equivocó. Pero más allá de esto, su afirmación es más bien clara y lúcida, Dios ha dado su reino a Jesús y todos son invitados a formar parte de él; pero como las tres profecías, reacciones y respuestas nos han mostrado, esto significa seguirlo a través de la muerte y la resurrección y de una vida aquí sobre la tierra absolutamente en oposición de aquella propuesta por la cultura del imperio (Mc 8,34; 9,35; 10,42-45). Regresamos a los eventos de Jesús frente al sumo sacerdote y a su concejo. Lo que queda de esta tercera fase del proceso es la sentecia y el abuso, el inicio de los sufrimientos físicos:

El Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras horrorizado y dijo: «¿Para qué queremos ya testigos? Ustedes acaban de oír sus palabras blasfemas. ¿Qué les parece?» Y estuvieron de acuerdo en que merecía la pena de muerte. Después algunos empezaron a escupirle. Le cubrieron la cara y le golpeaban antes de decirle: «¡Hazte el profeta!» Y los policías del Templo lo abofeteaban. (Mc 14,63-65)

Jesús ha sido condenado a muerte y será entregado a Pilato. No llega todavía el alba del viernes cuando Jesús es entregado al gobernador romano. El fin y el inicio están cerca.

La confesión y la negación

Mientras Pedro estaba abajo, en el patio, pasó una de las sirvientas del Sumo Sacerdote. Al verlo cerca del fuego, lo miró fijamente y le dijo: «Tú también andabas con Jesús de Nazaret.» El lo negó: «No lo conozco, ni entiendo de qué hablas.» Y salió al portal. Pero lo vio la sirvienta y otra vez dijo a los presentes: «Este es uno de ellos.» Y Pedro lo volvió a negar. Después de un rato, los que estaban allí dijeron de nuevo a Pedro: «Es evidente que eres uno de ellos, pues eres galileo.» Entonces se puso a maldecir y a jurar: «Yo no conozco a ese hombre de quien ustedes hablan.»

En ese momento se escuchó el segundo canto del gallo. Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres», y se puso a llorar. (Mc 14,66-72)

La secuencia del versículo 53 al 72 es la última de las tres estructuras bases que Marcos ha creado para representar su recuerdo de la pasión de Jesús. Como habíamos anotado al inicio del capítulo segundo, la negación de Pedro sobre la identidad ordinaria de Jesús, como Jesús de Nazareth, hace encuadra la confesión de Jesús en su identidad extraordinaria, Jesús Hijo de Dios:

Evento A ¹ :	Pedro sigue a Jesús hasta la casa del sumo sacerdote	Mc 14,53-54
Evento B:	Jesús es interrogado y confiesa su identidad	Mc 14,55-65
Evento A ² :	Pedro es interrogado y niega a Jesús	Mc 14,66-72

Marcos pone en evidencia estos esquemas haciendo doble referencia al hecho que Pedro “se estaba calentando” (Mc 14,54 e 14,67). El contraste es obvio. Pedro es interrogado y responde con cobardía a una interrogación absolutamente informal y aparentemente inocua. Jesús es interrogado y responde con valentía al sumo sacerdote, a un interrogatorio formal.

Marcos, como siempre, está escribiendo a aquellos cristianos que habían sufrido persecuciones durísimas en Palestina durante la gran revuelta del 66-74 d.C. En el Evangelio de Marcos, Jesús afirma la proximidad de traiciones y negaciones durante aquellos terribles años: “El hermano entregará a la muerte al hermano y el padre al hijo; los hijos se rebelarán contra sus padres y les darán muerte” (Mc 13,12). El marco de la confesión de Jesús y de la negación de Pedro presenta a los cristianos una triple consolación:

- Quienes había imitado a Jesús y no a Pedro reciben estima por su valentía;
- También quienes había imitado a Pedro y no a Jesús son consolados con la esperanza del arrepentimiento y del perdón, Marcos, de hecho, dice que después de las negaciones: “Allora Pietro si ricordò di quella parola che Gesù gli aveva detto: «Prima che il gallo canti due volte, mi rinnegherai per tre volte». E scoppiò in pianto” (Mc 14,72)
- La negación y la traición no son los peores de los pecados contra Jesús o Dios. El peor pecado es la desesperación, la pérdida de la fe que el arrepentido siempre, siempre podrá obtener el perdón. Si Judas hubiese llorado y se hubiese arrepentido también él hubiese sido perdonado y reinsertado en la comunidad. Pedro aparecerá de nuevo en el Evangelio de Marcos (Mc 16,7), pero de Judas no se sentirá hablar más.

Preguntas para reflexionar

1. Compara las similitudes y las diferencias en los relatos de Marcos y Juan (Cap. 13 ss.) en relación a la tarde del Jueves Santo.
2. Explica la compleja red de significados en la versión de Marcos de la Última Cena.
 - ¿Cómo continúa y se actualiza la práctica de Jesús de almorzar y cenar con amigos y, a veces, en público?
 - ¿Cómo recuerda y refleja la multiplicación de los panes y los peces en el capítulo 6 del Evangelio de Marcos?
 - ¿En qué sentido podemos definirlo como un 'nuevo banquete de Pascua'?
 - ¿Cuál es el significado de la ecuación pan-vino con cuerpo-sangre? ¿Para Jesús en la Cena? ¿Y para nosotros durante la Eucaristía?
3. ¿Cuáles son las diferencias en los relatos de Marcos y Juan de los eventos en Getsemaní?
4. El sumo sacerdote le pregunta a Jesús si él era el Mesías y el Hijo de Dios, aunque Jesús había aceptado estos títulos, sin embargo afirma ser el Hijo del Hombre.
 - Explica el significado y propósito de la frase "uno como el Hijo del Hombre" en Daniel 7.
 - ¿Qué tiene que ver la frase "uno como Hijo del Hombre" con el concepto del reino de Dios en la tierra?
 - Explicar en qué sentido para Marcos Jesús es el Hijo del Hombre presente y futuro. ¿Qué significa y cuáles son las consecuencias de la expresión 'ya presente'?
5. ¿Cómo están conectadas la presencia del Hijo del Hombre y la presencia del reino de Dios en Marcos?
6. Explique el propósito y el efecto del marco de Marcos en su relato de la confesión de Jesús con la negación de Pedro.